EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL DOCTOR DIÓGENES,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ESCRITA SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA

POR

DON JOSÉ ZORRILLA
Y
DON LUIS PACHECO.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.
OFICINAS: POZAS—2—2.º
1878.

EL DOCTOR DIÓGENES.

EL DOCTOR DIÓGENES,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ESCRITA SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA

POR

DON JOSÉ ZORRILLA

Y

DON LUIS PACHECO.

Estrenada con extraordinario éxito en Madrid, en el Teatro de APOLO, el 25 de Mayo de 1878.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARTA....................	DOÑA MARÍA ÁLVAREZ TUBAU.
EL DOCTOR DIÓGENES......	D. RICARDO MORALES.
EL BARON DE BALTANÁS...	D. DONATO JIMENEZ.
DON LEON CORDERO........	D. RICARDO GUERRA.
DON CÁRLOS ROVIRA.......	D. ENRIQUE SANCHEZ DE LEON.
FRANCISCO.................	D. JOSÉ CALVO.

ACTO PRIMERO.

Antesala que da á un corredor que cae al jardin; dos puertas en el fondo; puertas á izquierda y derecha en las primeras cajas, la de la izquierda del aposento de Marta, y la de la derecha de D. Leon; una ventana segunda derecha, velador, sillones, etc. Entre las dos puertas del foro chimenea.

ESCENA PRIMERA.

MARTA, D. CÁRLOS.

MARTA. ¿Y no hay modo de detener más tu partida?

CÁRLOS. Imposible: los planos están levantados, comprados los terrenos y tiradas las líneas. Todo lo que yo me detenga más, podría perjudicarnos: á mí con la compañía, de la cual soy ingeniero, y á tí con tu familia, porque daríamos qué sospechar.

MARTA. Mi familia!... Ya ves que no la tengo; mi padre no puede decirse que vive conmigo.

CÁRLOS. Sí, el señor Baron viaja mucho.

MARTA. Sus negocios le tienen siempre en Madrid ó en el extranjero; cada año viene una ó dos veces, y cuando viene...

CÁRLOS. En verdad que es muy poco abordable el señor Baron de Baltanás.

MARTA. ¡Qué quieres! Ha sido capitan de marina, y está acostumbrado á mandar sin superior y á ser obedecido sin replicar.

CARLOS. Ya se le conoce: cuando está aquí la casa marcha como una fragata de guerra, con la disciplina más rigorosa.

MARTA. Es su carácter: es grave y formal como hombre de negocios.

CARLOS. Más bien parece que es tu padre el viejo don Leon.

MARTA. Y él es tal vez el orígen del aparente despego de mi padre para conmigo: desde que murió mi pobre madre, apenas tenía yo seis años, está acostumbrado á verme en brazos de don Leon; y seguro de que nada tiene que temer por mí bajo su vigilancia perpétua, no parece que se acuerda de que tiene hija: pero es su carácter.

CARLOS. El de don Leon sí que es original.

MARTA. Tan excéntrico como bondadoso; pone particular empeño en no parecer lo que es y en ocultar lo que vale.

CARLOS. No he conocido á nadie á quien se acomodara tambien su nombre. Don Leon Cordero; siempre queriendo hacerse el leon uraño y feroz, y probando á cada instante que tiene un alma de cordero recien nacido. Con é te dejo sin cuidado.

MARTA. Conque al fin te irás hoy?

CARLOS. No, mañana; porque hoy ha de venir un médico amigo mio, á quien don Leon me ha autorizado á traer para que vea á la pobre niña del hortelano; y por él, á quien yo escribiré continuamente, tendrás noticias mias. Y á propósito, harás bien en consultarle y en ponerte en sus manos. Es un hombre sólidamente sabio; y no te alarmes, pero tú necesitas cuidar de tu salud.

MARTA. Mi enfermedad, Cárlos, es más bien moral que física. Ya lo has visto; mientras tú has estado aquí he estado buena.

CARLOS. Sí; ya hemos hablado de eso don Leon y yo. Pero allí viene haciendo que nos busca. Salgámosle al encuentro.

MARTA. Ahora se hará el enojado y nos regañará porque él mismo nos ha dejado solos.

ESCENA II.

CÁRLOS, MARTA, D. LEON.

LEON. ¡Hola, mozos desobedientes y perdedizos! ¿Por qué os habeis alejado de mí? ¿No sabeis que yo soy vuestro Argos?

MARTA. Pero si es usted el que se ha alejado de nosotros?

LEON. ¡Yo!... que en ausencia del Baron estoy constituido en padre tuyo, y que es divertido para mí, que no tengo hijos ni me he querido casar por no tenerlos, el andar al cuidado de una muchacha de veinte años y bonita por añadidura.

MARTA. Vamos, papá Leon, que ya sé yo que me quieres mucho y que no podrías vivir sin mí.

LEON. Yo no he querido nunca á nadie, señorita Marta; sépalo usted; yo me había propuesto vivir para mí solo, y usted ha venido á meterse entre mi tranquilidad y yo como una avispa que va á clavar su aguijon en el ojo de un curioso que contempla un colmenar.

MARTA. ¿Conque no me quieres, papá Leon, ni tampoco á Cárlos? Pues mira, de ese ya vas á librarte pronto, porque se marcha á Madrid. ¿Lo oyes? Que nos abandona el ingrato.

LEON. ¿Que se marcha á Madrid? pues que se vaya: á mi no me importa. Pero me parece que no da prueba de talento en irse de un lugar en donde está bien, y justamente cuando la señorita de la casa, que anda siempre descolorida y enquencle, se ha puesto fresca y sonrosada con los paseos que damos los tres por esos campos de Dios.

CÁRLOS. Pues no hay remedio, don Leon, tengo que ir á Madrid; pero no tardaré en volver, y me voy muy confiado en que usted, que quiere tanto á la señorita Marta, por más que diga...

LEON. Yo no digo nunca más que la verdad, caballerito. Yo no he querido nunca á nadie, y me alegro de que se me venga como rodada la ocasion de decirle á usted cuál es mi posicion en esta casa y por qué permanezco en ella.

CARLOS. Ya nos lo ha dicho usted dos veces, señor don Leon.

LEON. Pues se lo diré á usted tres y veinte, porque no quiero que lo olvide usted jamás. Pues yo encontré hace trece ó catorce años á esta señorita, que era entónces una mocosuela, en brazos de su madre, en medio de un camino de Galicia, contemplando hecha pedazos una rueda del coche en que iban á la Coruña. Volvía yo de buscar, encontrar y volver á abandonar á un pillete de doctorcillo de mi pueblo; que se había marchado de su casa dejando á su anciana madre hecha un mar de lágrimas, y llevándose además una mujer que no era la suya. Yo no tenía apego á nada, ni me importaba nada de nadie, tuve por cortesía que ofrecer el coche que había tomado á esta familia que me hallaba, como quien dice, tirada en medio del camino. El Baron aceptó; la madre iba en un estado que no es para explicado: el Baron no se ocupaba más que de que anduviéramos aprisa, y yo cargué con la chica, como si me hubiera tomado por su niñera. Bonita posicion la mia, ¿eh? Pues llegamos á la Coruña y nos dirigimos al muelle, en donde esperaba un bote: el Baron, echó en él á su mujer como un saco; yo le entregué á esta muchacha y él me dió las gracias en tres palabras, y un apreton de manos que por poco no me disloca los cuatro dedos, y ¡zás! saltó al bote, que bailaba sobre el agua, como quien se acuesta en la cama. Pero ésta se asustó y se echó á llorar; y me tendió los bracitos; y yo, que he sido siempre bestía; yo, á quien no le importaba un bledo del padre, ni de la madre, ni de la chica, me eché al bote para cogerla, y la vi sonreir, y me empecé á marear y... cátanos en Soupthanton. Y que el Baron empezó otra vez á viajar y que dejándome solo con la madre y la hija, empecé á

acostumbrarme á ver crecer á ésta y á irse consumiendo á aquella. Y que un dia se muere la pobre madre y me encarga que no me separe de la chica; y que en fin, el Baron se ha acostumbrado á que yo sea el aya de Marta, y que esta es mi posicion en esta casa. Por lo demás á mí no me importa nada de nadie, ni quiero á nadie, ni... ¿Si me conoceré yo á mi mismo?

MARTA. Y nosotros tambien te conocemos, papá Leon, y te queremos aunque no puedas querer á nadie.

LEON. Sí, sí, buen par de hipócritas sois vosotros: ahora me vienes con carícias, y cuando no está aquí este caballerito te encierras en tu cuarto, y te vuelves á poner pálida y ojerosa y sin ganas de comer. ¡Eh? (La mira con mucha atencion.)

MARTA. ¿Á qué me miras ahora con esa atencion, como si no me hubieras visto en cinco meses?

LEON. Porque hacía ya cinco meses que no te había visto como ahora.

MARTA. ¿Y qué me encuentras ahora de nuevo?

LEON. Nada, nada.—Dígame usted, don Carlitos, ¿qué edad tiene usted?

CARLOS. Veintisiete años.

LEON. Bonita edad para un hombre! Marta va á entrar en los veintiuno. Usted es un buen mozo; pero no me encontrará usted muchas muchachas más guapas que ésta.

MARTA. Leon!

LEON. ¿Si le dieran á usted una así para mujer?...

CARLOS. No negaré á usted que me daría por muy satisfecho, y veo, señor don Leon, que ha adivinado usted...

LEON. ¡Que usted la quiere? Valiente dificultad adivinar lo que se ve á ojos cerrados. Y algo más he adivinado.

CARLOS. ¿Qué?

LEON. Que ella tambien le quiere á usted; y que no han perdido ustedes los momentos que han escamoteado á mi vigilancia.

MARTA. Y que tú te has complacido en procurarnos con fingidas distracciones.

LEON. Bah! ¿qué me importa á mí de los amorcillos de do atolondrados? Pero ya he escrito yo al señor Baron que era preciso que se pensara en hacer tomar estado á la señorita Marta, y hoy mismo le diré lo que pasa aquí cuando venga.

MARTA. Viene hoy?

LEON. Hoy ó mañana, segun me avisa: por eso he querido saber lo que ustedes pensaban uno respecto del otro, para poder enterar de ello al señor Baron.

CARLOS. ¡Oh, señor don Leon!

LEON. Nada de arrumacos conmigo, señoritos.—Yo voy á hacer esto por mí y no por ustedes. Voy á ver si me libro de mi cargo de aya de esta muñeca: ya es una mujer y no quiero cuidar mujeres: allá se las haya con su marido. Así espero hacérselo comprender hoy á su padre.

MARTA. Oh, si haces eso, papá Leon...

LEON. Ya lo sé; seré el leon de los papás.

CARLOS. Pero ¿cree usted, señor don Leon, que el señor Baron de Baltanás pospondrá los intereses al gusto de su hija?

LEON. Si el Baron se metiese en cuestion de dote, yo no soy un perdido, señor ingeniero, y tengo algunos reales, algunos miles de reales, y aun de duros, y ni á usté no al señor Baron les importa nada que yo sea rico; ni se tienen que meter en que yo dé mi dinero á Marta ó á quien se me antoje.

CARLOS. No señor, no, no se incomode usted. Usted es dueña de hacer con lo suyo lo que guste. Yo lo dije, porque no conociendo bien al padre de esta señorita...

LEON. Al padre de esta señorita le conocen pocos; pero yo sí: y hoy llegará, y yo me entenderé con él.

MARTA. ¿Hoy, Leon?

LEON. Hoy, hija mia, hoy. Vé pues á dar tus disposiciones para recibirle, porque no tardará tal vez; y miéntras hablaremos el señor y yo cuatro palabras, que es preciso que hablemos ántes de que llegue el señor Baron. Con que vé, Marta.

MARTA. Voy pues. ¿Supongo que Cárlos no se marchará sin que

yo lo sepa?

LEON. No, no tengas cuidado; no se comerán al señorito Cárlos.

MARTA. Hasta luégo.

CARLOS. Á los piés de usted, señorita.

LEON. ¡Bah! Vénganme á mí con hipocresías. Dígala usted hasta luégo, Marta.

CARLOS. Pues hasta luégo, Marta.

MARTA. Hasta luégo, Cárlos. (Váse izquierda.)

ESCENA III.

D. LEON, D. CÁRLOS.

LEON. ¡Pobre Marta! está tan contenta con la venida del Baron, que ha perdido completamente el color desde que oyó que venía.

CARLOS. Eso sucede siempre en las enfermedades del corazon. Los que las padecen, le pierden á la emocion más mínima.

LEON. ¿Ha estudiado usted tambien medicina?

CARLOS. No señor; pero he consultado por escrito los síntomas de Marta con mi amigo el doctor Diógenes, y por eso le propuse á usted que la viese.

LEON. Á mí me importa poco lo que dicen los médicos: con dar un nombre griego á la enfermedad, están despachados: cuando el enfermo se muere, el médico y los herederos se quedan muy satisfechos con saber que murió de hepatitis ó de gastroenteritis; y como la enfermedad es siempre griega, vaya usted á entenderla. Pero hablemos de su doctor de usted y del mal de mi chica. Á mí me importa poco de todo, pero no me gusta engañar á nadie. Usted quiere á Marta y quiere casarse con ella. Pues es justo que sepa quién es su mujer. Marta nació en malas condiciones: su madre tuvo grandes trastornos y pesadumbres durante su embarazo, y tiene una de esas enfermedades que los médicos llaman

profilácticas para poderse lucir explicando la palabreja.

CARLOS. En resúmen, es un mal hereditario, de nacimiento.

LEON. Cabal: de esos que no son nada y lo pueden ser todo; por lo cual no están los médicos obligados á curarlos, puesto que no saben lo que son.

CARLOS. Al contrario; segun mi doctor Diógenes, son los que presentan síntomas ménos equívocos: segun él el de Marta debe haber hecho crísis á los siete, á los catorce y á los veintiun años.

LEON. Vulgaridades; á los veintiun años se curan las muchachas casándolas.

CARLOS. Á su gusto.

LEON. Por supuesto: la receta para el mal de Marta, debe decir: *Récipe: para marido Cárlos Rovira.*—Pero volvamos á su doctor de usted.

CARLOS. No habla griego ni receta en latin. Es tan sabio como cortés y caritativo. Á mí me curó del cólera en Sevilla hace tres años y desde entónces somos amigos. No tiene residencia fija: donde hay epidemia, allí está: es el consuelo del afligido, el amigo del pobre; entra en las casas precedido por la esperanza; sale de ellas seguido por la buena memoria, y en todas le bendicen al entrar como al salir. Es lo que se llama una especialidad para esas enfermedades profilácticas, sobre todo de las niñas. Dice que los niños que se crían sin madre, tienen enfermedades con síntomas especiales, y como Marta me ha dicho que apenas conoció á la suya...

LEON. Hombre, eso es algo excéntrico; pero no me parece mal su doctor de usted. Le prevengo á usted, sin embargo, que yo he dicho á Marta que el médico no viene precisamente por ella, sinó por la chiquilla del hortelano, y que de camino...

CARLOS. Así se lo he escrito yo á él tambien.

LEON. ¿Y cuándo vendrá?

CARLOS. De un momento á otro.

LEON. Casi al mismo tiempo que el Baron; me alegro, para

probar á éste que el matrimonio es una medicina, nadie más á propósito que un doctor... ¿Cómo se llama ese?

CARLOS. El doctor Diógenes.

LEON. ¡Vaya un nombre! ¿y dice usted que ese doctor Diógenes no habla griego?

CARLOS. Ni receta en latin.

LEON. Vaya, al revés de los otros: pero se comprende; si para los castellanos son griegas las enfermedades, bien pueden ser castellanas para un médico griego.—El doctor Diógenes! Vaya un nombre! Á mí no me importa que se llame como quiera, pero es raro.

ARLOS. Es un seudónimo para encubrir su verdadero nombre. Ha tomado el de Diógenes, porque como el filósofo griego anda buscando un hombre...

EON. Si anduviera buscando á una mujer!...

ARLOS. Él me ha dicho que á un hombre.

EON. ¿Quién es ese hombre?

RANC. Don Leon! don Leon! (Saliendo.)

EON. ¿Qué sucede?

RANC. Que el coche del amo desemboca por el puente.

EON. Demonio! ¿estás seguro?

RANC. Vaya; pues qué ¿no conozco yo el coche y los dos caballos tordillos y al cochero Lorenzo que viene en el pescante?

EON. Pues corre á abrir las puertas traseras de la huerta para que no entre en el pueblo, que ya sabes que no le gusta. Corre.

RANC. Voy volando. (Váse).

EON. Y usted, caballerito, váyase por la puerta principal á levantar un plano, ó á aplanar la tierra con los talones. Yo me arreglaré con el señor Baron.

ARLOS. Señor don Leon...

EON. Listo: jope usted, que ya siento el galope de los tordillos.

ARLOS. Voy, voy.

EON. Y no vuelva usted hasta la hora de comer; ya sabrá entónces que es usted su huésped.

ESCENA IV.

D. LEON, luégo el BARON y FRANCISCO.

LEON. ¡Demonio! demonio! El Baron que llega: quisiera yo dar con el médico ántes que él diera con el Baron; tiene su médico y no le gustará tal vez éste...

BARON. (Á Francisco.) ¿No me habias dicho que la señorita Marta estaba aquí?

FRANC. Aquí la sentí hablar hace poco con el señor don Leon; ¿quiere su señoría que la busque?

BARON. Sí... no, más tarde; déjanos. (Váse Francisco.)

LEON. (La misma cara de vinagre de siempre; pero ¿á mí qué se me importa?) Muy bien venido, señor Baron.

BARON. Buenos dias, Leon. (Se sienta y se sacude el polvo con su pañuelo, etc.)

LEON. ¿No ha habido novedad en la salud?

BARON. No. (Pausa muy breve.)

LEON. ¿Ha traido usted buen viaje?

BARON. Sí. (Pausa id.)

LEON. ¿Tendrá el gusto de gozar de su compañía más que otras veces la señorita Marta?

BARON. Eh?... no.

LEON. Sí, no; sí, no; si mal no me acuerdo lo mismo me respondía usted la primera vez que nos conocimos en aquel pueblecillo de Galicia cerca de Betanzos.

BARON. Sí.

LEON. (No, pues ahora no me voy á contentar con monosílabos. Yo le haré saltar aunque nos rompamos ambos la crisma.) Por vida mia, que no fué buena la noche que pasamos en aquel pueblo.

BARON. No.

LEON. En él dimos ambos con dos personas bien culpables.

BARON. Sí.

LEON. (¿Otro? pues espera, allá va eso:) Pero ahora, señor Baron, no entra usted en su casa como en la de aquel pueblo, para castigar á dos culpables; aquí no hay ni una

esposa infiel fugitiva ni un seductor reconocido.

BARON. ¿Eh?

LEON. Aquí no hay más que un buen viejo que vela hace catorce años por la honra de la casa, á quien restan ya pocos dias de vida, y á quien bien podía el señor Baron tender la mano, aunque no fuera más que para despedirse de él en este mundo, (El Baron da la mano.) y una pobre muchacha que no tiene culpa de nada, que no ha ofendido jamás al señor Baron, y á quien éste podía muy bien llamar aunque no fuera más que para decirla: «buenos dias, hija mia.»

BARON. ¡Hija mia!

LEON. Bien, bien: no extraño que el señor Baron no quiera á la muchacha; á cualquiera le sucedería lo mismo; la chica no es nada suyo: tampoco es nada mio; pero en fin, yo juré á su madre velar por la chica y lo he cumplido hásta hoy; pero como al fin la chica no nos importa nada, lo mejor será casarla y librarnos de toda responsabilidad para siempre.

BARON. ¿Para siempre?

LEON. Es claro: allá se las haya con su marido: casémosla.

BARON. Estoy en ello.

LEON. Sin dote, por supuesto. Ni el señor Baron la debe nada, ni ella tiene derecho á nada del señor Baron. Yo la buscaré un muchacho honrado que se contentará con lo que yo la dé.

BARON. ¿Tú?

LEON. Yo. ¿No puede un viejo que ha sido mercarder de paños tener unos cuantos miles de duros en el Banco? Y yo no me los he de llevar al otro mundo.

BARON. ¡Excelente hombre! Guarda tu dinero, buen Leon. Marta no lo necesita. Yo soy rico y la mitad de mi fortuna será suya cuando se case.

LEON. (Gracias á Dios que estalló la bomba!) Pues no esperaba yo del señor Baron semejante salida.

BARON. Pues es muy fácil de comprender.

LEON. Sí, todo es fácil de comprenderse si se explica.

BARON. Oye y comprenderás. Yo amaba á María como á la luz de mis ojos.

LEON. Y se quedaba sola en Madrid mientras el señor Baron pasaba meses enteros en el mar, más casado con su fragata que con su mujer.

BARON. Es verdad; mis viajes eran muy lucrativos, y yo quería ser millonario para ella.

LEON. Y las mujeres tienen más corazon que cabeza y más pasion que ambicion. Adelante.

BARON. Cuando dí por fin con la fugitiva y su seductor en aquel pueblo de junto á Betanzos, despues de siete años de inútiles pesquisas, pensé en vengarme del uno y de la otra, en la hija que Dios había negado á mi amor legítimo y que había acordado á su ilegítima pasion.

LEON. ¡Fué un mal pensamiento! La chica era inocente de la culpa de sus padres.

BARON. Por eso se la arrebaté; pero no tuve valor, ni me cree con derecho para separarla de su madre y os hice jurar ante Dios que jamás revelariais el lugar en que las escondiera.

LEON. Y yo, que no he faltado jamás á la palabra dada á un hombre, he cumplido mi juramento. Ni María ni yo volvimos ásaber más de don Pedro de Astudillo.

BARON. Ni nadie ha dudado que Marta sea la hija legítima del Baron de Baltanás. Mi madre tenía este título que no llevaba; yo le tomé á nuestra vuelta de la emigracion, y en ella murió María, llorando, segun me has dicho, arrepentida de su falta.

LONN. Arrepentida como una Magdalena.

BARON. Yo no he comprendido jamás que el marido vuelva á abrir el hogar doméstico á la esposa adúltera, ni yo había nacido para pasar por mi propía deshonra;—pero tampoco para verdugo.—La madre vivió sin mí, y murió sin volverme á ver: nunca supo si yo la había perdonado; pero su hija lleva mi nombre: yo no he querido deshonrarme á mí por castigarla á ella; pero no he podido querer á Marta hasta ahora, y escucha cómo.

LEON. No me importa gran cosa; pero me alegraré saber cómo el corazon del señor Baron ha podido dar semejante voltereta.

BARON. Á los muertos sólo Dios los juzga; y al alma que Dios perdona no tiene el hombre derecho de condenarla. Después de muerta he perdonado á María; he vuelto á alimentar en mi alma aquel amor que la tuve, único de mi vida. Yo soy de los pocos hombres que no aman más que una vez. Yo adoro la memoria de Maria, á quien no recuerdo más que inocente ántes de su extravío: el arrepentimiento la purificó, Dios la perdonó... Yo la amé y rezo por ella, y voy á arrodillarme muchas veces en su sepultura.

LEON. Conducta cristiana, señor Baron, que siento que me trae las lágrimas á los ojos, á pesar de que á mí no se me da nada de la conducta de los demás. Pero si el señor Baron ama á la madre...

BARON. Hoy comienzo á querer á la hija. Mientras fué niña, sus facciones me recordaban las de su padre: era para mí un objeto odioso de mirar: por eso he estado sin verla años enteros. Pero el pasado, la última vez que la vi, me pareció que había cambiado. Al llegar á su tardío desarrollo, al entrar en su tardía pubertad, la mujer tomó la imágen de la mujer. Dime, hoy ¿es ilusion mia, ó se parece Marta á su madre?

LEON. No hay modo de ver á la una sin recordar á la otra. Yo la estoy viendo todos los dias, y sin embargo he podido apercibirme del cambio.

BARON. Por eso te pedía sus retratos; el último que me has enviado tiene la misma expresion, la misma mirada, las mismas facciones de su desventurada madre; y quiero reconciliarme con la hija, que supongo que todo lo ignora.

LEON. Todo. Él señor Baron puede estrecharla entre sus brazos, seguro de que la hace la más dichosa de las hijas; y no debe hacerla esperar un momento. Marta...

BARON. Qué haces? espera.

LEON. No, el llanto sobre el difunto. Marta.

ESCENA V.

DICHOS, MARTA.

MARTA. Señor. (Saliendo.)

LEON. El señor Baron, que te quiere ver... anda: dale un abrazo: vamos, señor Baron, yo me volveré de espaldas. (Lo hace.)

BARON. (Si es su vivo retrato...) Marta! (Abriéndola los brazos.)

MARTA. Padre mio! (Arrojándose en ellos.)

BARON. Hija mia! (Marta abraza al Baron, que la devuelve su abrazo y la da un beso en la frente. Despues la contempla un instante y poniéndose el pañuelo á los ojos para ocultarla su emocion se va diciendo:)

BARON. (Mi hija!... ¡Ojalá lo fuera!) (Váse.)

ESCENA VI.

LEON, MARTA.

LEON. ¿Está ya eso, señor Baron? (Se vuelve.). ¿Eh? ¡Se marchó?

MARTA. Sí, mi buen papá Leon, se marchó: bién me decía mi pobre madre, que yo no tendría más padre que tú en la tierra.

LEON. ¡Bah, bah! cosas del señor Baron: es su carácter, pero te quiere entrañablemente, ahora mismo me lo decía y consiente en casarte: ya verás, voy á buscarle á su cuarto y á machacar el hierro ahora que está caliente. Ya verás; se me ha metido en la chola que has de ser feliz y lo has de ser, sí: á mí no me importa nada, pero has de ser feliz ó nos han de oir los sordos. (Váse.)

ESCENA VII.

MARTA, despues FRANCISCO y el DOCTOR.

MARTA. Feliz! y mi padre llora cuando me abraza y huye

de mis caricias! Oh, no durará mucho tiempo este suplicio. Pobre madre mía, que bien me anunciabas que no había de ser feliz en esta vida. Afortunadamente creo que durará poco. El mal desconocido que me devora, y que el amor de Cárlos ha adormecido unos cuantos dias, siento que se apodera de todo mi sér... y no me pesa; ¿qué hago yo en este mundo?

FRANC. ¿Señorita Marta? Aquí está el señor Doctor.

MARTA. Que entre, no le hagas esperar y vete por tu niña para que la vea.

FRANC. Si ya la ha visto al pasar: ha entrado por las puertas traseras del huerto que quedaron abiertas cuando entró el coche.

MARTA. En ese caso retírate; y el Doctor tendrá la bondad de de decirme lo que hay que hacer con la enfermita.

DOCTOR. ¡Oh, es una infeliz criatura descuidada hasta hoy por sus pobres parientes, y á estas hay que alimentar, cuidar, sostener y ayudar á vivir; como á esos frutales pequeños á los cuales hay que apoyar en un rodrigon. La necesidad y el remedio único para la mayor parte de los huérfanos de madre.

MARTA. ¿Le han dicho á usted ya que lo era?

DOCTOR. Rara vez necesito que me lo digan. Conozco á primera vista á esos infelices niños, en quienes la falta del cariño materno entorpece ó retarda el desarrollo de sus facultades físicas y morales, y cuya alma impregna de eterna tristeza y cuya tez tiñe de melancólica palidez la falta del calor del regazo y de los besos de la madre. Son como esas plantas descoloridas é inodoras que se crian en lugares escasos de aire y de sol. (Inconcebible semejanza!)

MARTA. Tiene usted razon, Doctor.

DOCTOR. He visto tantos! hace tanto tiempo que me dedico á estudiar exclusivamente estos indivíduos y sus padecimientos. Los hombres, luégo que llegan á serlo, suelen regenerarse con los afanes ó las labores de su sexo. Las mujeres entran muy tarde en la pubertad, y suelen

tambien regenerarse al ingerirse, por decirlo así, en una nueva familia; es decir, cuando el cariño del esposo, y el cariño filial las indemnizan del materno que no gozaron, y las obligan á olvidarse de su pasado para mirar al porvenir. Los niños que todavía no sustituyen un cariño con otro, todos tienen una sonrisa melancólica y una mirada vaga que carece de la expresion de beatitud celeste que se revela en la sonrisa franca y en la mirada límpida de los que tienen madre; y en la tendencia natural de su mirada, y en la natural inclinacion de su cabeza hácia la tierra, parece que siempre piensan y que contínuamente dicen á la madre comun de los mortales: *Tierra, devuélveme á mi madre ó llévame con ella!* (¡Dios mio! me hace daño una semejanza tan inexplicable!) (Desde el principio de la escena el Doctor ha contemplado á Marta con profunda atencion. Marta segun le ha ido escuchando ha ido cayendo en una profunda tristeza.)

MARTA. En verdad: sí, tierra, devuélveme á mi madre ó llévame con ella!

DOCTOR. Dispénseme usted, señorita, si la he entristecido con mis palabras; pero absorto en contemplar á usted, me he extraviado en reflexiones que me ocupan contínuamente la imaginacion. Perdone usted, señorita, olvidé que usted es huérfana de madre.

MARTA. Sí, Doctor.

DOCTOR. Debía de haberlo tenido presente; porque me lo ha indicado nuestro comun amigo Cárlos Rovira, en las cartas en que me consultaba sobre su malestar de usted, invitándome á que viniera á verla.

MARTA. ¡Oh! Cárlos se ha alarmado sin motivo. Mi malestar será pasajero como otras veces; porque no es la primera...

DOCTOR. Ya lo sé, señorita, ya lo sé; y espero que ésta pasará tambien; pero tenga usted la bondad de sentarse y de darme su mano.

MARTA. Por complacer á usted lo haré, Doctor; pero no creo

que sea tan urgente que se ocupen ustedes de mí con tanta formalidad.

OCTOR. (Pulsándola.) (Su estado es más alarmante que el de la otra criatura, y más de lo que creí por sus síntomas exteriores.) Señorita, jamás está de sobra la precaucion, y siempre es mejor prevenir el mal que tenerle que atajar. Por de pronto será bueno que evite usted toda clase de emociones fuertes ó repentinas; variar de ideas y tal vez de lugar. Dios la ha privado á usted de madre, señoríta; pero creo que la ha dejado á usted un padre que debe amarla con tergura.

RTA. Mi padre está casi siempre ausente y me ve rara vez.

CTOR. ¿Á quién, pues, está usted confiada?

RTA. Á un viejo amigo, que nunca se ha separado de mí.

CTOR. ¡Á un amigo! ¿no hay más señora que usted en esta casa? No tiene usted hermanas, tias, primas... una aya al menos?

RTA. Desde que faltó mi madre este amigo ha sido mi sola compañía.

CTOR. ¿Y sufre usted contínuamente?

RTA. Oh, no, Doctor. Á veces me despierto completamente tranquila, alegre, sin la palidez habitual; siento que la sangre circula por mis venas con nuevo calor vital; tengo apetito, deseos de salir al campo. En estos dias me siento enteramente buena, vigorosa; la luz, la tierra, todo cuanto me rodea, me parece más bello; creo que las flores exhalan perfumes más gratos, que el aire es más saludable, la existencia, en fin, se me hace deliciosa y deseo vivir, y amo la vida... como si tuviera presentimientos de tenerla que abandonar.

TOR. (Ap.) (Oh, sí, reconozco esos terribles síntomas.) Será bueno, sin embargo, que yo me encarge de usted, como es mi deber, señorita; y si usted se toma la molestia de presentarme á su señor padre...

TA. ¿Á mi padre?

TOR. Deseo verle sin perder tiempo; tengo el mio tasado.

TA. ¡Oh, Doctor, si es para hablarle del estado de mi salud,

es completamente inútil. Esto me sucede muy á menudo y pasa.

DOCTOR. Señorita, repito que debo ver á su padre de usted, que mi conciencia me obliga á ello, y que si usted no me presenta á él...

MARTA. Pues ahí siento acercarse á quien presentará á usted mejor que yo.

LEON. (Saliendo y hablando consigo mismo, sin reparar en el Doctor ni en Marta.) Me parece que el señor Baron y yo vamos á reñir muy pronto; y á fé que á mí no me importa nada.

ESCENA VIII.

MARTA, el DOCTOR, D. LEON.

DOCTOR. ¡Esa voz!

MARTA. El señor Doctor, que desea hablarte, papá Leon.

LEON. Muy señor mio. (¡Poder de Dios!)

DOCTOR. (Es él... ¡Oh, ahora lo comprendo!...) Usted aquí.

LEON. Sí, sí, yo aquí; aunque ahora quisiera ser otro y estar en cualquiera otra parte.

DOCTOR. ¡Oh, hable usted, don Leon; porque usted es indudablemente don Leon Cordero.

LEON. Sí, yo soy, yo soy don Leon Cordero... es decir, ahora soy un cordero entre dos leones.

DOCTOR. Pues bien, hable usted, hable usted.

LEON. Mejor hablaremos en mi cuarto, que está inmediato; allí tiene usted con qué escribir sus prescripciones para las enfermas.

DOCTOR. Pero esta señorita... (Afanoso.)

LEON. Es la hija del Baron de Baltanás. (Cortado.)

DOCTOR. Pero el Baron de Baltanás...

LEON. ¡Otra! es su padre. (Interrumpiéndole.)

DOCTOR. Pero esa señorita cuya semejanza...

LEON. (No sabe nada.) (Bajo al Doctor asiéndole del brazo.)

DOCTOR. (Ap.) (¡Oh, es ella! es ella!)

LEON. (Bajo al Doctor.) (Y vas á hacerla despreciar y maldecir

á su madre.)

TOR. ¡Oh!

I. Vámonos; estamos aquí perdiendo el tiempo.

OR. (Es ella, y no poderla abrazar y no poder...)

I. (Vámonos, ó vas á hacer saltar esta casa como una botella de cerveza.) Vamos, Doctor, despídase usted de la señorita Marta.

OR. Señorita, la salud de usted está desde hoy en mis manos.

I. (Sí, en buenas manos está el pandero.)

OR. Desde el punto en que ví á usted, sentí por usted una profunda simpatía, y tengo tanto interés por usted como si fuera usted mi hija.

TA. Gracias, Doctor. Está usted conmovido?

.. El Doctor cree, Marta, que todos sus enfermos son hijos suyos. (Vámonos.) Despídete del Doctor.

OR. Sí, vámonos; hasta luégo... hija mia.

TA. Adios, Doctor. (Le da la mano, que besa el Doctor.)

ESCENA IX.

MARTA, despues el BARON.

TA. Que escena más extraña. Se conocen hace más de catorce años y don Leon no le ha mentado jamás. El Doctor tenía las lágrimas á los ojos... aquí hay algo que yo no comprendo todavía... Oh, pero lo comprenderé. Desde hoy estaré alerta y... pero Dios mio, no me siento bien; creo que tiene razon el Doctor y que es preciso ocuparme de mi salud. (Sale el Baron.)

ON. ¿Estás sola, Marta?

TA. Mi padre. (Se pone de pie.)

ON. Hija mia; hace poco me separé de tí muy bruscamente: perdóname, tengo un carácter...

TA. Yo perdonar á usted, padre mio!

ON. Escucha, hija mia, no hagas caso de las formas exteriores con que se revela mi cariño paternal: no estoy

acostumbrado á la familia, y soy en ella una planta parásita y espinosa. Pero yo te quiero como un padre deseo tu felicidad y procuraré labrártela. No puedo permanecer contigo más que hasta pasado mañana.

MARTA. ¡Tan poco tiempo!

BARON. Pero esta vez, al separarme de tí, llevaré la satisfaccion de dejar asegurado tu porvenir. Tu buen viejo Leon me escribió acerca de una boda que tenía proyectada.

MARTA. (Se lo ha dicho todo.) ¿Y cree usted, padre mio?...

BARON. Creo que tiene razon: ya es tiempo de establecerte y de darte un marido digno de tí, del nombre que llevas y de la posicion que ocuparás en el mundo. Yo soy rico y puedo trasmitirte el título que tomé de mi madre. Serás la Baronesa de Baltanás, con veinte mil duros de renta anual. Irás á Madrid con tu marido; Leon administrará tus bienes, y espero que sereis todo lo felices que pueden ser los ricos en la tierra.

MARTA. Oh, padre mio, ¡cuán bueno es usted conmigo y cuán mal le habíamos podido juzgar!

BARON. Leon quería establecerte modestamente; pero tu marido debe de ocupar un lugar distinguido en el mundo.

MARTA. (Oh Cárlos mio!)

BARON. Hoy mismo te presentaré á tu futuro: es el vizconde de Riaza, que llegará esta tarde.

MARTA. ¡El vizconde de... (Aterrada. Cambio visible.)

BARON. Un mancebo noble y cumplidísimo caballero.

MARTA. ¡Pero si no me ha visto nunca!... no puede quererme! (Vacilante.)

BARON. Os amareis en cuanto os conozcais.

MARTA. (Pobre Cárlos!)

BARON. Supongo que estarás contenta de mí. Dios me es testigo de que deseo de todo corazon que seas dichosa.

MARTA. Dichosa! ay de mí! (Se asegura para sostenerse.)

BARON. Pero qué tienes! pierdes el color... ¡Dios mio! Se va á caer. (Marta se desmaya; el Baron la coge á tiempo en sus brazos y la sienta en el sofá.) Marta! Marta mia! Ha perdido el conocimiento. Leon! Francisco! Socorro! (El

Baron tiene cogida la mano izquierda de Marta.)

ESCENA X.

DICHOS, D. LEON, luego el DOCTOR,

. ¿Qué sucede, señor Baron?

N. Que Marta se muere. Un médico! Un médico!

OR. (Poniéndose á la derecha de Marta.) Aqui estoy y aún llego á tiempo.

N. ¿Eh? ¡Quién ha traido aquí á ese hombre!

OR. Tal vez Dios, caballero.

N. Salga usted inmediatamente de mi casa.

OR. El médico y el confesor no pueden abandonar á los moribundos. Este es mi puesto. (Se ocupa inmediatamente de Marta, sin hacer caso del Baron: éste le hace un ademan amenazador; D. Leon se interpone colocándose al respaldo del sillon de Marta. Telon muy rápido.)

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. LEON, el DOCTOR.

LEON. No, Pedro; mil veces no.

DOCTOR. Me hará usted desesperar, padrino. Usted que recibió el último suspiro de mi madre, que nos quiso salvar de él en aquel pueblecillo de Galicia, que fué con mi amor un eden escondido entre breñas, que es el único que sabiéndolo todo puede juzgar de la causa de ambos, que es usted, en fin, poco ménos que mi padre...

LEON. Por eso te digo no y mil veces no; ni el derecho ni la razon estarán jamás de parte del seductor, del ladron de la honra y de la felicidad del hogar doméstico, del cariño que una mujer juró á otro hombre en el altar.

DOCTOR. Primero me habían robado á mí aquella mujer, que me amaba. Su padre y el capitan sabían nuestra mútua pasion, y la casaron.

LEON. Y quedó casada.

DOCTOR. Y hubiera sido mejor que la mataran.

LEON. Y debió ella matarse, primero que volverte á ver, amándote.

DOCTOR. No lo pudo evitar: mi pasion era furiosa; mi audacia

juvenil lo atropelló todo; la perseguí, la acosé... ¿y quién ayudó más? ¡Oh! él la dejaba abandonada meses enteros... medio año estuvo ausente.

LEON. Una mujer casada no está jamás abandonada en su casa porque su marido tenga sus negocios fuera de ella. ¡Vaya una teoría! Entónces, en cuanto un marido tuviera que dejar su casa por sus negocios, cualquiera podría tomar su mujer como cosa abandonada. ¡Pues no faltaba más! Lo que Dios ata...

DOCTOR. Dios ata primero las voluntades... y en fin, es un hecho que él reconoció... es mi hija, y la naturaleza...

LEON. La naturaleza es un salvaje á quien hay que domar con la ley; tu naturaleza nos volvería al estado primitivo y estaríamos frescos! Yo no soy ningun sabio, aunque segun veo he probado que no soy tonto con no casarme; pero soy imparcial y tengo sentido comun. Si no cultivas la tierra, se hace salvaje crial; si no domas los caballos, son salvajes y no los montas. Si no podas el árbol, da al fin salvajes frutos; y si dejas al hombre entregado á su naturaleza, nada habrá en ella más salvaje que él, porque sus pasiones son bestias salvajes.

DOCTOR. Dios le creó con ellas, y las leyes no pueden ser contrarias á la naturaleza.

LEON. Blasfemas, Pedro, como esclavo ciego de la pasion.

DOCTOR. Ciegas son las pasiones.

LEON: Por eso hay que atarlas; y á quien no las ata, hay que atarle tarde ó temprano; si sus pasiones no le atan á él de piés y manos para entregarle á la justicia.

DOCTOR. ¿Dónde hay justicia que impida á un padre amar á su hija, por más que sea hija...

LEON. De un crímen y de la deshonra... vé á explicárselo á ella ya que la amas tánto. Díselo, Pedro, y emponzoñarás su existencía y tal vez la matarás tú mísmo.

DOCTOR. ¡Ah, es verdad, es verdad!

LEON. Pedro, vete; ya la has salvado la vida como médico: te la debe dos veces; de tí conservará una buena memoria, y siempre que se acuerde de tí te bendecirá.

Harto tienes con eso; agradéceselo á Dios, y vete y no la vuelvas á ver. Recibe como cristiano el castigo de la Providencia. ¿Dónde la has dejado?

DOCTOR. Repuesta, tranquila y fuera de riesgo; si alguna causa exterior no viene á hacer estallar una nueva crísis, que acaso sería mortal.

LEON. ¿Lo ves? tú mismo lo dices.

DOCTOR. ¡Y yo que pensé que usted me ayudaría!

LEON. ¿Á llevar á cabo el mayor de tus disparates? No, Pedro. Recuerda los hechos. El Baron era entónces el capitan Munguía y mandaba la Bella-Vascongada, de cuya fragata era coopropietario, y hacía negocios muy lucrativos.

DOCTOR. Y dejaba á María abandonada...

LEON. ¡Dale! no podia navegar y quedarse en casa con su mujer.

DOCTOR. Que era mi prometida.

LEON. ¡Dale! Las promesas no son más que palabras; el hecho es que era su mujer. Tú te introdujiste en su hogar como la culebra para engañar á Eva.

DOCTOR. Su corazon era mio.

LEON. Palabras tambien; tú eres médico y debes saber mejor que nadie que la mujer se casa con todas sus entrañas completas, y que ninguna puede dejar en casa de su padre ni el corazon, ni el hígado. María se casó, y era en cuerpo y alma del capitan. En ausencia suya nació Marta; cuando volvió, se encontró sin ella; y adivinó lo que nadie sabía, porque desaparecísteis con tal sigilo que sólo él pudo dar con la verdad. Tu madre, á quien no escribiste en cuatro años, me encargó que te buscara y... murió sin volverte á ver.

DOCTOR. ¡Pobre madre mia!

LEON. Un crímen trae siempre otros detrás. Te busqué y dí contigo al fin; pero el capitan dió tambien con tu hija, á quien los caballos de su coche estuvieron para atropellar en la plaza del pueblo mientras mudaba las postas; acudió su madre á los gritos de la chica... y dió con el capitan... y hé ahí á Dios. Entónces... ¡Qué es-

cena aquella!

DOCTOR. No se quiso batir.

LEON. Hizo bien.

DOCTOR. Fué un cobarde.

LEON. No; te dijo, y dijo muy bien, que no compensaba la muerte de tu cuerpo la de su alma; que la ley estaba clara; que no reconocía á la hija de una mujer casada otro padre que su marido.

DOCTOR. Y me quitó á mi hija, y es una venganza salvaje.

LEON. Palabras, Pedro, palabras. ¿Venganza salvaje dar á tu hija una educacion que tu escasa fortuna no te permitía darla, un título, un nombre sin tacha y millones?

DOCTOR. ¡Qué es el oro sin el cariño?

LEON. ¡Y qué es el cariño sin honra? Pedro, vete; no cometas la torpeza de revelarla su orígen; no destruyas su felicidad enseñándola á despreciar á su madre, cuya memoria idolatra.

DOCTOR. ¡Desventurado de mí! Correr catorce años tras ella; hallarla al fin, salvarla providencialmente la vida para volverla á dejar.

LEON. En paz con tu viejo padrino, que no ha podido por tí vivir un dia tranquilo, siendo la piedra de toque, el zarandillo de todos vosotros; consolando á la madre, templando al capitan, sirviendo de aya á la chica y estando siempre en áscuas por los secretos de todos: que maldita la cosa que á mí me importaban... Vete, Pedro, vete... y no vengas ahora tú á echarlo todo á rodar.

DOCTOR. Tiene usted razon. Debo de irme.

LEON. Y no volver.

DOCTOR. ¡Pero me iré con el corazon destrozado, con la pesadumbre horrible de no saber nunca!...

LEON. No parece sinó que nos dejas aquí en un baño de rosas y reventando de puro gusto. Vete. El baron puede venir de un momento á otro: mejor es que no os veais. Despídete de Marta, como un médico que ha sido llamado accidentalmente para visitarla, y espérame en la ermita, fuera del pueblo; yo iré á despedirme de tí.

DOCTOR. Tiene usted razon; ese es mi deber y cumpliré con él.

LEON. Vete, vete.

DOCTOR. Hasta luégo, en la ermita espero.

LEON. No faltaré.

ESCENA II.

D. LEON, despues el BARON.

LEON. ¡Pobre hombre! Tiene razon; él es el más infeliz de todos. Ella, al cabo, no le conoce; y si el Baron cambia de ideas, como parece respecto de ella, despues que case con Cárlos... se acordará de él como de un médico extravagante, á quien vió una vez en un lugarejo donde la tuvieron aislada antes de entrar en el mundo... mientras él... ¡pobre hombre!... andará por ahí solo toda su vida... y morirá quién sabe dónde ni cómo, sin que su hija sepa siquiera que fué su padre... pobre hombre!... ¡pero á mí qué me importa!

BARON. ¿Leon?

LEON. Señor Baron.

BARON. Creo que ese hombre acaba de salir de aquí.

LEON. Va á despedirse de ella, señor Baron.

BARON. En hora buena. Le he visto desde mi balcon pasearse con ella del brazo por la alameda del molino.

LEON. Era preciso que el médico sostuviera á la enferma: si la hubiera dado un bahido... pero se irá.

BARON. Cuanto ántes.

LEON. No tardará.

BARON. ¿Has enviado á Madrid por el doctor Robreño?

LEON. Llegará mañana por la mañana. Don Cárlos, el ingeniero, se ha brindado á irle á buscar... y és un jóven que daría la vuelta al mundo por Marta, si fuera preciso. Está todavía tan débil... cuando la llevamos á su cuarto sin conocimiento, pensaba yo en su pobre madre, y decía para mis adentros: ¡si querrá Dios que siendo yá tan viejo vea yo tambien morir á Marta, siendo tan jóven!

BARON. ¡Oh, calla, Leon. No me digas que Marta puede morir... lo ha dado á entender ese nombre!...

LEON. No, no; ese hombre no ha dicho que esté tan en peligro... pero, ¿tánto quiere ya á Marta el señor Baron?

BARON. ¿Puedes dudar del cariño que la he cobrado, cuando tu sola reflexion de que *él podía salvarla* ha detenido mi mano pronta á armarse contra él? Mira, las pistolas tengo aún sobre la chimenea, y aún está en mi casa; ¿comprendes, Leon? en mi casa él... y está todavía con ella!... ¡Oh! Su presencia ha despertado otra vez mis celos... y me parece que viene á robarme otra vez á María.

LEON. Si ese hombre, señor Baron, ha cometido en su juventud una gran falta, me parece que bien la expía con catorce años de castigo; pero él la acepta como de la mano de Dios, y yo respondo al señor Baron de que no abusará del secreto que ha descubierto hoy por mera casualidad; y si el señor Baron tiene sobre esto alguna zozobra, creo que hay un medio muy sencillo de impedir que él ni nadie se mezcle en lo que no le importa; quiero decir en la felicidad futura de la señorita Marta. Me parece que en manos del señor Baron está ahora este medio sencillo de vengarse de ese hombre, labrando inmediatamente la ventura de Marta.

BARON. Nunca he deseado otra cosa que labrársela por mí sólo. Ya se lo he dicho, la traspasaré el título de baronesa con veinte mil duros de renta, y la daré la mitad de mi fortuna.

LEON. ¡Bien, señor Baron, ese sí que es un modo de obrar digno de un buen cristiano y de un caballero! El señor Baron ha dado á Marta una buena educacion... ahora la enriquece... y ya no resta más, para que su obra sea completa, que casarla. Ya escribí sobre esto al señor Baron, y esta mañana le apunté tambien dos palabras, aunque me pareció que no quería oírmelas.

BARON. Porque aunque estoy acorde contigo en que es preciso que demos á Marta un marido, no quiero crearla una

posicion tan modesta como la que tú me proponías.

LEON. Ese es tambien otro pensamiento de buen cristiano y de buen padre. Quiere decir que su marido será...

FRANC. El señor vizconde de Riaza acaba de llegar. (Anunciando muy á tiempo.)

BARON. Condúcele al cuarto que te he mandado prepararle junto al mio. El vizconde es el marido á quien he prometido á Marta, y voy á presentársele al sentarnos á la mesa. (Váse.)

LEON. ¡El vizconde de Riaza.... Su marido!

ESCENA III.

D. LEON.

¡Su marido! ¡Demonio! ¿Dónde ha ido á pescar ese vizconde el señor Baron? Y yo que creí haberme manejado como un Meternich y no tener que hacer ya más que presentar á Cárlos... ¡y salimos ahora con que toda mi diplomacia va á servir para ese vizconde... á quien no solamente vizco vea yo, sinó con ambos ojos en la mano como Santa Lucía! Y que no puede ser más que un intrigante arruinado; porque, ¿quién apechuga con una novia que no sabe si es coja, renga ó tartajosa, sinó un un pérdis, que por las monedas es capaz de casarse con un pez espada? ¿Y para esto he vivido yo catorce años como un faldero de la pobre muchacha, arrastrándome á los piés del Baron, rompiéndome la cabeza para ver de arrancarle una sonrisa para su hija... y señor Baron por acá, señor Baron por allá... Pues hasta aquí llegó; aquí tronamos, señor Baron. ¿Qué me importa á mí de esta gente, que al fin no me ha dado más que pesadumbres? Cuidados ajenos mataron al asno. No, me vuelvo á mi casa á vivir sólo y tranquilo; ¿qué necesidad tengo yo de reventar de un berrinche al cabo de mis años? Á mi casa; voy á hacer mi maleta, y sin decir esta boca es mia ¡jópo! Y en viéndome yo solo... (Páuse.) pues en viéndome solo, no reventaré de berrinche, pero proba-

blemente reventaré de tristeza: nó porque á mí me importe nada de nadie, pero, ¿qué va hacer la chica sin mí... que he sido su sombra durante catorce años?... y casada con ese títere, que es como si la quemaran á fuego lento. Yo estaré sin ella como sin sombra... Pues no señor, no me voy; tronaremos, señor Baron de la mala sombra: no me voy; tronaremos, pero con el trueno gordo. En lugar de despedir al Doctor, le voy á espetar lo que pasa, y que se arme aquí la de Dios es Cristo. Al cabo él es su verdadero padre, y no dejará que maten á su hija casándola con ese danzante de vizconde; cualquier barbaridad que hagamos, ha de ser mejor para ella que la de semejante matrimonio. ¡Conque adelante! (Váse izquierda.)

ESCENA IV.

EL DOCTOR, MARTA, apoyada en su brazo, por la derecha.

DOCTOR. Ha querido usted pasear más y se ha fatigado usted, señorita. Es necesario que usted descanse.

MARTA. ¡Encerrarme ya en mi cuarto tan solitario y tan triste! No, Doctor; permítame usted respirar aún el aire de la tarde embalsamado por las auras de las praderas. La soledad de mi aposento no hará más que alimentar las tristes ideas que me atormentan.

DOCTOR. Á su edád de usted, ¿qué pensamientos tristes no disipa la esperanza?

MARTA. Mi última esperanza se ha disipado hoy, Doctor. Ayer le hubiera suplicado á usted de rodillas que me conservara la vida; hoy, si no fuera ofender á Dios, le suplicaría que me dejera morir.

DOCTOR. ¡Morir usted! ¿Cuál es la causa secreta de una desesperacion tan profunda que la hace á usted hoy desear la muerte? Es preciso que me la revele usted, yo quiero conocerla.

MARTA. ¡Usted quiere!...

DOCTOR. ¿Va usted á preguntarme con qué derecho expreso una

voluntad tan absoluta? ¿Yo, que no soy más que un extraño para usted, un indiferente con quien la casualidad la ha hecho á usted tropezar? Pero usted olvida, señorita, que el médico y el confesor son los dos mejores amigos; que nada debe ocultárseles que pueda contribuir á que conozcan las enfermedades del alma y del cuerpo para que puedan aplicarlas oportuno remedio? Yo me considero como padre de mis enfermos, y lo que pudiera usted no querer revelar á su médico, debe usted revelárselo á su padre.

MARTA. ¿Á él?... no: le tengo miedo.

DOCTOR. ¡Miedo usted á su padre! ¡Oh! usted no conoce á su pobre padre; no sabe usted todo lo que ha sufrido, todo lo que sufre por usted en este momento!

MARTA. Doctor, no le comprendo á usted.

DOCTOR. Quiero decir que su padre de usted merece compasion y que es preciso que usted viva para él.

MARTA. ¡Ah Doctor! Si mi padre me hablase como usted me habla; si su voz fuese tan dulce y sus palabras tan cariñosas como las de usted, resonarían en mi corazon y no tendría secretos para él. No sé qué emocion desconocida é indefinible me le hace latir escuchándole á usted, y no puedo explicarme por qué en las pocas horas que hace que nos conocemos, me parece que tengo con usted más confianza que con mi más antiguo amigo.

DOCTOR. ¿Más que en el buen viejo don Leon?

MARTA. ¡Oh! yo le confiaría á él mi secreto; pero mi buen Leon es ya un poco viejo para creer en sueños. Ademas, Leon tiene la manía de creer que no quiere á nadie; y no me comprendería si yo le dijera: «vivir no es más que amar y ser amado: y yo me muero, porque me prohiben amar á quien me ama.»

DOCTOR. Cárlos me ha dicho que la amaba á usted, y yo soy amigo de Cárlos.

MARTA. Ya lo sé, Doctor, y mi corazon me dice que lo es usted mio. Pero Cárlos no se unirá jamás conmigo; mi padre ha prometido mi mano al vizconde de Riaza.

DOCTOR. Pero su padre de usted retractará su palabra: ese vizconde de Riaza renunciará á su mano de usted, ó no osará venir á pedirla.

LEON. (Saliendo.) El vizconde está ya aquí.

ESCENA V.

MARTA, EL DOCTOR, D. LEON.

DOCTOR. ¡Está ya aquí!

LEON. Y será presentado á Marta por el señor Baron dentro de media hora, ántes de sentarnos á la mesa.

DOCTOR. Pero usted, hija mia, rehusará la alianza con ese desconocido.

MARTA. ¡Yo resistirme á la voluntad de mi padre! Jamás.

DOCTOR. Pero ese matrimonio la va á costar á usted la vida.

MARTA. Sin duda, pero obedeceré.

DOCTOR. ¡Oh no! Si Dios la ha privado á usted de una madre que la proteja, me ha enviado á mí para ser su protector.

MARTA. No se empeñe usted en ello, Doctor; nada conseguirá usted de mi padre: nada podrá usted con él en favor mio.

DOCTOR. ¡Qué no podré nada en favor de usted... ¿Yo? por vida mia que lo veremos. Don Leon, ya no me voy sin ver al Baron: se trata de la felicidad y de la vida de Marta, y me quedo aquí.

LEON. Contando con eso he enviado tu caballo al pueblo, y he soltado al campo todos los de la casa. Por ahí van hácia el monte dando corcobos que da gusto verlos, y primero que los cojan...

MARTA. Pero Leon, todo será inútil: tú conoces bien á mi padre.

LEON. ¡Pues no le he de conocer!

MARTA. Pero el señor Baron no comprenderá jamás el interés tan vivo que el Doctor toma por mí.

DOCTOR. Vaya si lo comprenderá.

MARTA. Para mí misma es incomprensible.

DOCTOR. Porque usted ignora lo que yo voy á recordarle á él.

MARTA. ¡Dios mio! ¡Qué misterio es este!

BARON. (Dentro.) ¿Quién ha dejado escapar esos caballos?

LEON. (Yendo á espiar por el fondo, y volviendo.) El Baron viene por el corredor.

DOCTOR. Lleve usted á Marta á su aposento.

LEON. Vámonos, Marta; vente conmigo. (La da la mano.)

DOCTOR. Pronto, hija mia... Vaya usted con don Leon.

MARTA. (Marchándose, á D. Leon.) ¡Estás trémulo!

LEON. Es que soy ya viejo.

MARTA. ¡Vírgen María! ¿qué es lo que va á suceder aquí?

LEON. Dios lo sabe.

MARTA. (Y yo tambien quiero saberlo... y lo sabré.)

ESCENA VI.

EL DOCTOR, luégo el BARON.

DOCTOR. Casarle así esmatarla: pero yo estoy resuelto á cumplir con la obligacion que mi profesion me impone. ¡Dios sea ahora entre los dos!

BARON. ¡Usted aquí todavía?

DOCTOR. Iba á partir, pero he variado de parecer.

BARON. ¿Por qué?

DOCTOR. Porque no debo salir de esta casa sin decir á su dueño algunas palabras.

BARON. Nada tenemos que decirnos: todas las palabras son inútiles... ó arriesgadas entre nosotros.

DOCTOR. Siempre hay algunas necesarias entre un médico de conciencia que se despide del dueño de una casa, en la cual deja una enferma en peligro de muerte.

BARON. Caballero, usted se ha presentado como médico en mi casa, quiero creer que casualmente como me ha jurado Leon.

DOCTOR. Ó providencialmente, como yo creo.

BARON. Puede usted creer lo que le parezca: yo creo que nece-

sitando usted un pretexto para permanecer en ella, trata usted de aparecer como necesario para salvar á mi hija, ponderando la gravedad de su mal. Pero la facilidad con que se ha repuesto, me prueba que no corre riesgo inminente; y debiendo llegar dentro de pocas horas un médico de toda mi confianza, había mandado al viejo Leon que le hiciera á usted comprender lo inconveniente de su permanencia en este lugar.

DOCTOR. Y persuadido yo de que mi deber era abandonarle, me preparaba para partir; pero convencido despues de que la enferma necesita aún de mis servicios, me he resuelto á repetir á usted lo que hace poco le dije: éste es mi puesto y en él permaneceré. Suplico á usted, caballero, que procure reprimir los ímpetus iracundos de su carácter de capitan marino, y que escuche con calma lo que le va á decir el Doctor Astudillo, como hace catorce años escuchó éste lo que fué á decirle el capitan Munguía. Pedro de Astudillo, jóven entónces, tan falto de experiencia como sobrado de culpa, tan confiado en ella como ciego por su pasion, creyó que el capitan iba á exigir de él una reparacion prohibida por la ley y le presentó sus pistolas. El capitan rehusó el duelo; y dejando al Doctor sumido en una desesperacion muy próxima á la locura, partió pretegido por la ley llevándose las dos prendas que había ido á reclamar.

BARON. La mujer que había faltado de su casa, y la hija que había nacido en ella.

DOCTOR. No nos metamos en la cuestion legal y dejemos hablar á nuestros corazones. Yo he pasado mi vida á la cabecera de los moribundos, he visto á la miseria humana bajo todas sus fases, y sé cuán poco vale una vida desprovista de buenas obras al tiempo de abandonarla. Yo no soy uno de esos médicos atéos y materialistas, que no creen en el alma inmortal porque no la han tocado nunca con la punta del escalpelo. Yo soy profundamente cristiano y veo á Dios en todas partes; y le he visto especialmente en nuestros dos providenciales encuen-

tros, el de hoy y el de catorce años há. Hé aquí, pues, á Pedro de Astudillo que viene á decir al capitan Munguía; «Yo os hice una ofensa que jamás se olvida; he sufrido catorce años el castigo que por ella me habeis impuesto. Dios perdona á los que perdonan: Capitan, en nombre de Dios, perdonad á Pedro de Astudillo.» (*Se arrodilla.*)

BARON. (*Levantándose.*) Caballero, no sé cómo tomar una escena que apenas comprendo; porque accion semejante y semejantes palabras, más me parecen de los primitivos tiempos de la era Cristiana que de los nuestros. No puedo ni aceptar la posicion de usted, ni juzgar de lo que raya por un lado con lo ridículo y por otro con lo sublime. Yo he recogido á Marta porque me importaba guardar el secreto de mi casa: hoy la amo como si fuera mi hija; pero usted sabe que en nuestra sociedad actual hay ofensas que, aunque nunca se venguen, jamás se perdonan: y que no está admitido que se reconcilien y se traten las personas que las han recibido con las que se las han hecho.

DOCTOR. Es decir que usted no perdonará.

BARON. Sí señor, sí: yo no me he acordado de molestar á usted en catorce años, y no volveré á ocuparme de usted jamás, si usted deja esta casa lo más pronto que le sea posible.

DOCTOR. Está bien: el Doctor Astudillo ha cumplido con el capitan Munguía. El Doctor Diógenes cumplirá su deber con el Baron de Baltanás. Caballero, la ley implacable que le da á usted todos sus derechos sobre su hija, le crea é impone tambien deberes para con ella. ¿Cómo ha llenado usted el inmenso vacío, que usted solo ha creado en el alma tristísima de la huérfana solitaria? Me ha dicho usted que la ama como si fuera su hija; pero no puede ser, porque no lo es.

BARON. ¡Caballero!

DOCTOR. Usted ha creido en su rencoroso egoismo que con decirla «yo soy tu padre» ya había usted cumplido con

sus deberes de tal: y la ha abandonado usted satisfecho á los cuidados de un viejo celibatario que ha velado materialmente por ella; pero ha vivido sin corazones que hablasen al suyo, la ha hecho usted temblar contínuamente ante su ceño jamás desfruncido; ante sus palabras secas, ante su esquivez repulsiva; y aunque la ha dado usted su nombre, no la ha enseñado usted á bendecirle, y se ha grabado en su memoria, pero nó en su corazon: es usted el padre de la ley, pero nó el de la naturaleza.

BARON. ¡Doctor!

DOCTOR. Estoy cumpliendo con mi deber de tal: óigame usted hasta el fin. Su hija de usted se muere, porque su conducta de usted ha desarrollado el gérmen de su enfermedad hereditaria, con la falta absoluta de cariño en que ha vivido su alma sin expansion: usted es el responsable de su vida, y el médico viene hoy á decir al padre, su hija de usted se muere de desamor, y su mal no tiene otro remedio más que el amor, el cariño de su esposo, las caricias de los hijos, el calor del hogar; el abrigo de la familia adoptiva, que remplace la de que usted la ha privado; el cariño conyugal, que remplace al paterno, que usted no ha podido darla porque no le tenía.

BARON. Caballero, siento que mi paciencia no durará mucho y le suplico á usted que no se ocupe de mi hija. Dice usted que el remedio de su mal es establecerla, crearla otro amor, otra familia; puede usted irse tranquilo, esta tarde la presentaré al esposo que la he escogido.

DOCTOR. Señor Baron, convierte usted la triaca en veneno; ella había elegido ya uno en su corazon, y al anunciarla usted al suyo, ha caido moribunda en sus brazos de usted, y usted no ha visto nada, ni nada ha comprendido. Señor Baron, el prometido de Marta es Cárlos Rovira, á quien yo la he prometido que usted aceptará.

BARON. Usted ha prometido!... ¿Usted?... por eso sólo se casará con el vizconde.

DOCTOR. Pero ¿no ha oido usted que ese enlace será su muerte? ¿usted olvida que me debe cuenta de la vida de Marta?

BARON. Yo no debo cuentas más que á Dios.

DOCTOR. Pues bien, Dios sea juez entre nosotros. Publicaré el secreto de su nacimiento, se lo diré á ella, al vizconde, á todo el mundo.

BARON. Y nadie le creerá á usted. Usted no tiene pruebas.

DOCTOR. ¿Y don Leon?

BARON. Pues bien, hable usted, insensato; vaya usted á revelar á Marta la deshonra de su orígen, y Marta maldecirá al cobarde imbécil, que delante de todo el mundo vendrá á echar el insulto y la infamia en la tumba y en la memoria de su madre.

DOCTOR. ¡Es decir que he de dejársela á usted asesinar impunemente!

BARON. ¡Miserable... (Al ir el Baron sobre el Doctor, Marta que sale repentinamente se interpone entre ambos.) Marta...

DOCTOR. ¡Ella!...

ESCENA VII.

EL BARON, el DOCTOR, MARTA.

MARTA. No me engañé, padre mio, cuando reconocí desde lejos su voz de usted. Creí hallar aquí con usted al vizconde de Riaza, cuya llegada me ha anunciado don Leon, y á quien me ha dicho que debe usted presentarme como mi futuro.

BARON. Leon te ha dicho la verdad, Marta.

DOCTOR. Pero ese enlace... (Á Marta.)

MARTA. Se realizará, Doctor. Elegido por mi padre, el vizconde debe de ser digno de la que lleva su nombre.

DOCTOR. (¡Desventurada!)

MARTA. (Al Baron.) Yo había soñado un momento con un porvenir diferente del que usted me preparaba... pero era un sueño y lo he olvidado ya.

BARON. (Si nos habrá escuchado?)

MARTA. (Al Doctor.) Gracias, Doctor, por haber retardado su

marcha, para abogar por una causa que yo misma abandono. Vaya usted sin temor por la suerte de su enferma.

BARON. (Esa emocion... esa turbacion conque le habla!)

MARTA. Créalo usted Doctor, su enferma de usted conservará un eterno reconocimiento por lo que usted ha querido hacer por ella; su gratitud no se extinguirá sinó con su vida... (Le tiende la mano.)

BARON. (Sí, nos escuchaba.)

DOCTOR. (Yendo á tomar la mano que le ofrece Marta.) ¡Querida Marta!

BARON. (Metiéndose entre los dos.) ¡Miserable! lo sabe todo y tú se lo has dicho. Ven; ahora si que no hay remedio, es preciso que yo te mate!

DOCTOR. ¿Un duelo? Gracias á Dios... hace cuatro años que lo había yo propuesto.

MARTA. ¡Ah!

BARON. Vamos. (Al Doctor, tomando las pistolas que están sobre la chimenea, y que dejó allí cuando salió por primera vez.)

DOCTOR. Vamos. (Vánse precipitadamente.)

ESCENA VIII.

MARTA, luégo D. LEON.

MARTA. Dios mio, creo que deliro. No comprendo bien lo que está pasando. Siento que las fuerzas me abandonan... que mis ideas se dispersan... que mi vida se estingue... (Se apoya en los muebles acercándose á la ventana.) me falta aire que respirar... (Mira por la ventana.) allí van... se paran... uno enfrente de otro... (Con un grito desesperado.) ¡Ah!... ¡Socorro!... ¡Leon!... ¡Francisco!..: ¡Cárlos!... ¡Socorro!

LEON. (Saliendo apresurado.) ¿Qué hay, Marta? ¿Qué sucede? (Un pistoletazo dentro.) ¡el duelo al fin!... la peor solucion de todas; porque cualquiera de los dos que quede, no hallará ya más que su cadáver!

(Telon rápido.)

ACTO TERCERO.

Aposento de Marta. En el fondo izquierda en lecho colgado con un elegante pero sencillo pabellon con el cual pueda cubrirse. Puerta á la derecha que da al exterior, á la izquierda otra que da al interior. En el fondo una chimenea sobre la cual hay reló y candelabros, cuya luz alumbra la escena. Segunda derecha ventana. Muebles de buen gusto.

ESCENA PRIMERA.

D. LEON, el BARON.

MARTA en el lecho, cubierta bajo el pabellon. El BARON arrodillado junto á ella en actitud de llorar D. LEON acodado á la chimenea con el rostro cubierto con ambas manos. Cuadro inmóvil mientras sea necesario para la representacion. D. LEON levanta la cabeza, enjuga sus lágrimas, y después de contemplar un momento la escena, se dirige al BARON, á quien toca en el hombro ántes de hablarle.

LEON. Señor Baron. (El Baron levanta la cabeza, se enjuga los ojos y D. Leon sigue diciendo.) La desesperacion y el arrepentimiento que revela la afliccion del señor Baron es muy natural y muy justa; pero no debe hacérsela más insoportable abandonándose á ella. El señor Baron vé sin duda que lo hecho no tiene remedio, y debe reconocer como

cristiano que la justicia de Dios pesa sobre su casa.

BARON. ¡Dios me hace pasar por terribles pruebas con tan terribles desgracias!

LEON. El señor Baron me permitirá que le haga presente, que la mayor parte de las desgracias de los hombres se las acarrean ellos mismos; y las nuestras son obra de nuestras propias manos, porque el señor Baron con su cólera, el otro con su imprudencia, y yo con mi imprevision, hemos sido la triple cáusa de esta catástrofe. Sí, señor Baron; Dios nos perdone, pero creo que entre todos hemos dado muerte á esa pobre muchacha, á quien todos queríamos como á las niñas de nuestros ojos.

BARON. ¡No irrites más el remordimiento que me destroza las entrañas!

LEON. Yo digo siempre la verdad, y estoy convencido de ésta.

BARON. No mates en mi alma el último rayo de esperanza que aún brilla en ella á lo lejos.

LEON. En la mia no tiene ya ni rayo, ni chispa. Hora y media ha que yace ahí inmóvil nuestra pobre chica, y ni late su corazon, ni pasa por su garganta un soplo de aliento, ni un átomo de calor se percibe en sus miembros inertes. El otro había prevenido que cualquiera emocion violenta ó repentina podría ocasionar una crísis, y que esta crísis podía muy bien ser la última... y ahí la teneis.

BARON. ¡Y yo he sido quien se la ha acarreado! ¡Oh, Marta... Marta mía, perdóname! (Vuelve á su anterior posicion junto á Marta.)

LEON. ¡Despues de ahogado el niño, tapen el pozo! Señor Baron, todos esos extremos son ya inútiles. Lo hecho, hecho está ya. El otro era el único que, siendo sabio en su profesion, podía haber hecho algo por ella en el primer momento; pero el señor Baron ha dado tambien en tierra con él... y ahora...

BARON. Culpa fué de su obstinacion.

LEON. ¡Sí, que la mansedumbre del señor Baron es la de un cartujo!... Pero dejémonos de recriminaciones; repito

que todos tenemos culpa; y como ni el señor Baron ni yo entendemos de medicina, y el señor Baron ha tenido la desgracia de tumbar al otro de un pistoletazo, no nos queda más arbitrio que esperar á que llegue el médico de Madrid, á dar la certificacion científica de su muerte.

BARON. ¡Leon!

LEON. Sí, señor Baron; tendremos la última satisfaccion de saber que murió de alguna cosa, cuyo nombre griego será sin duda tan claro como consolador. Y gracias todavía si el otro no se va tras ella del pistoletazo, y tenemos luégo que andar en dimes y diretes con la justicia, que está en España tan en griego como las enfermedades.

BARON. No me desgarres más el alma con tus implacables reflexiones. ¡Tal vez nuestra desgracia no sea tánta! tal vez ese hombre...

LEON. Suplico al señor Baron que no se ocupe más de ese hombre... porque ese hombre y el señor Baron... no han de poder andar por una misma vereda. Lo que aconsejaría un amigo al señor Baron que hiciese ahora, sería en primer lugar ver de quitarnos de delante, del mejor modo posible á ese señor Vizconde, que ya no puede servir más que de estorbo, y de arreglar sus papeles para el caso fatal de una doble desgracia.

BARON. ¡No lo quiera Dios!

LEON. Pero por si lo quisiere, haga el señor Baron lo que le dice un amigo; y dejándose de desesperarse aquí inútilmente, déjeme á mí arreglármelas solo y velar solo á la hija, como velé á su madre.

BARON. ¡Buen Leon! Nunca podré pagarte tus buenos oficios, y la resignacion con que te has adherido á las desventuras de mi familia.

LEON. El señor Baron no tiene nada que pagar á quien nada debe, porque no se le importa nada de nadie. (*Se echa á llorar; el Baron le quiere consolar y él le rechaza conduciéndolo hasta la puerta izquierda.*) Bien, bien sí; ella era lo úni-

co que me importaba en el mundo, y sólo por ella y nada más que por ella... y... Váyase usted, señor Baron, que hace catorce años que la muchacha no ha necesitado de nadie mas que de mí, y ahora ni de mí ni de nadie...

ESCENA II.

D. LEON.

No, pobre niña, no: ya no necesitarás de mí; pero yo sí que sin tí no sabré vivir; tú has sido el único cariño de mi corazon, el único sér que me importaba ver junto á mí sobre la tierra; el único lazo que me unía á la vida. Débil enredadera que te sostenías á la pobre sombra de árbol viejo: ya te secaste tú, que dabas un poco de jugo á su corteza carcomida: y pronto se secará el árbol, que no tiene ya á quien dar arrimo, ni sombra. ¡Pobre alma mia! La soledad y la pesadumbre te han consumido; y ahora que habías encontrado compañía y contento para el porvenir... los que debíamos ayudarte á sostener tu existencia te la hemos quitado. ¡Oh! ¡ahora sí que no va á haber nada que me importe sobre la tierra!

ESCENA III.

D. LEON, FRANCISCO, puerta derecha.

FRANC. Soy yo, Don Leon.

LEON. ¿Qué noticias me traes? ¿Cómo está el herido?

FRANC. Deseando ver á usted.

LEON. Imposible ahora.

FRANC. Es que si quiere usted verle...

LEON. ¿Qué?

FRANC. Que mi mujer ó yo vendremos á velar á la señorita Marta.

LEON. No: yo solo la velaré ahora, como he velado por ella mientras ha vivido.

FRANC. ¿Conque no hay esperanza alguna, señor? ¿Es cosa concluida?

LEON. Me parece que sí.

FRANC. Pues dice mi mujer, que maldito el provecho que le va á hacer á usted el estar aquí, hartándose de llorar contemplándola.

LEON. No quiero perderla de vista mientras esté sobre la tierra: pero hablemos del otro.

FRANC. ¡No ha escapado de mala! Cuando le levantamos mi cuñado y yo... ¡vamos! no dábamos por él un papel de cigarro. Cargamos con él y le tendimos en la cama... vamos, como si estuviera difunto: pero al caer en ella, abrió los ojos, dió un gran suspiro y se esperezó como quien se despierta. Entónces echamos á las mujeres y nos quedamos solos con él Jeromo y yo.

LEON. ¿Y qué?

FRANC. El hombre no tenía trazas de recordar nada de lo sucedido; se dejó quitar la levita y el chaleco, y hasta que vió la sangre de que estaba llena la camisa por el costado... vamos, no me pareció que sabía lo que le pasaba.

LEON. Pero ¿dónde tiene la herida?

FRANC. Salva la parte. (Señala al costado derecho como á seis dedos mas atrás y cuatro mas abajo de la tetilla derecha.) Por tal parte le entró la bala y le salió por detrás.

LEON. ¡Jesus! es hombre muerto.

FRANC. ¡Cá! Ya verá usted: cuando se miró la herida por donde entró la bala, que era la que él se podía ver, se quedó un poco pensativo: tomó aire y respiró muy fuerte: volvió á mirarse la herida, y... vamos, se echó á reir.

LEON. ¡Se echó á reir!

FRANC. Dejándonos á mi cuñado y á mí con tamaña boca. En seguida nos pidió agua; se lavó, sacó una tira de la sábana que tenía á mano, se la plantó como una faja, saltó de la cama, se volvió á poner la levita y dijo: Si conforme resbala sobre la costilla pasa el espacio *entrecostal*, buenas noches.

LEON. ¡Bendito sea Dios!

FRANC. ¡Vamos, por lo visto ha sido un milagro. ¡Pero vaya tambien unas tripas que tiene el hombre! En seguidita se

puso á escribir un papel, que me dijo que le trajera á usted inmediatamente, y... vamos, allí queda, dice que esperando la respuesta.

LEON. Por dármele es por donde debías haber empezado.

FRANC. Aquí está. Como usted me preguntó primero por él..

LEON. (Toma el billete y se va á la luz para leer.) ¡Pobre Pedro! debe de estar desesperado! (Lee.) «Querido padrino: mi »herida no tiene riesgo: Dios ha estado visiblemente de »mi parte: tranquilice usted, pues, á nuestra querida »Marta. (¡Dios mio! áun no sabe nada el infeliz!) (Lee.) «Estoy convencido de que tiene usted razon: mi deber »es alejarme de esta casa; pero no tengo valor para par- »tir sin despedirme de ella... quiero dar á Marta el últi- »último adios: el primero y el último abrazo.» ¡El últi- mo. Sí! «Desde la caseta del hortelano, á donde me han »traido, veo una ventana que me dicen que es la de su »cuarto: cuando ella pueda recibirme y usted crea que »puedo llegar á él sin tropiezo, ponga usted una luz de- »trás de la vidriera, y subiré.» Sí, ven, ven desdichado. No soy yo quien te ha de privar del derecho de abrevar tu corazon con tan doloroso placer! Ven, si: Dios te ha conducido providencialmente aquí para que la veas mo- rir... y no soy yo quien se ha de oponer á los designios de la Providencia. Francisco.

FRANC. Señor.

LEON. Vuelve á casa de tu cuñado, y dí al Doctor que está bien.

FRANC. ¿Es esa la respuesta del papel?

LEON. Sí: pero no le digas una palabra más.

RRANC. Descuide usted: si necesita usted algo...

LEON. Llamaré: vete.

FRANC. Buenas noches. (Váse puerta derecha. D. Leon va á colocar la luz en la ventana, y sale el Baron, que se detiene á contemplar lo que hace.)

ESCENA IV.

D. LEON, el BARON.

LEON. (Sorprendido al volverse.) ¡El Baron!

BARON. (¡Tengo miedo de comprender lo que hace!) ¿Por qué pones la luz tan lejos de su cama? ¡Oh, la estorbaría por ventura!...

LEON. No, señor Baron: desventuradamente ya no la estorba nada. Pero ¿por qué vuelve el señor Baron, despues de haber convenido...

BARON. Porque no puedo permanecer tranquilo en ninguna parte.

LEON. En el caso del señor Baron, comprendo que á cualquiera le sucedería lo mismo; pero este es justamente el lugar en donde ménos tranquilidad ha de hallar el señor Baron.

BARON. De aquí es justamente de donde no me he debido alejar un instante: y por eso permaneceré aquí hasta que venga el Doctor Robreño á desvanecer mi última esperanza.

LEON. Pues cuando venga el Doctor Robreño volverá aquí el señor Baron.

BARON. Mejor quiero esperarle aquí.

LEON. El señor Baron hace mal: aquí no puede hacer más que afligirse.

BARON. Basta, Leon: he dicho que quiero estar aquí.

LEON. Y yo digo al señor Baron que no puede ser.

BARON. No te comprendo, Leon. ¿No puedo yo estar aquí?

LEON. No.

BARON. ¿Por qué?

LEON. Porque es imposible.

BARON. ¿Eh? (Percibe la carta del Doctor que D. Leon tiene todavia en la mano.) ¿Qué papel es ese? (Se le quita de repente.)

LEON. ¡Señor Baron!

BARON. ¿Tal vez es la explicacion de tu resistencia. (Lee.) «Mi

herida no tiene riesgo.» (Y sin leer más devuelve el papel á D. Leon.) ¡Ah! quiere venir y esa luz es la señal... ¿Por qué no me lo decías? (Tira del cordon de la campanilla que está al lado de la chimenea.)

LEON. (Le va á mandar echar de la casa, y vamos á volver á empezar.) Señor Baron, sería la accion más indigna de un cristiano.

BARON. (Se presenta en la puerta derecha un criado á quien dice el Baron.) Desde esa puerta hasta la del jardin, que no haya ninguna cerrada, ni alma viviente en esa parte de la casa. Déjalas todas francas, y vete.

LEON. (Con ansiedad.) ¡Señor Baron!

BARON. Le he despojado de todos sus derechos ante los hombres, porque me iba en ello el honor de mi casa; pero no puedo negárselos ante Dios.

LEON. ¡Pero encontrarse aquí el señor Baron con él, cuando apenas hace dos horas que atentó á su vida!

BARON. Dios ha abierto en estas dos horas otra sepultura entre los dos, y en ella voy á enterrar con la memoria de lo pasado, el último átomo de resentimiento de mi corazon. La iglesia católica despide á las almas de los muertos con un salmo de perdon: y sobre las tumbas de la madre y de la hija no escribiré yo más que esa palabra: *Perdon*! Pedro de Astudillo no tiene nada que temer de mí á través de la sepultura de Marta. No tengo derecho á disputarle el de llorar conmigo sobre ella. (Se lleva el pañuelo á los ojos.)

LEON. ¡Y conmigo! ¡Oh quien la llore no la faltará! ¡Ojalá nadie la hubiera hecho llorar á ella! Pedro.

ESCENA V.

EL BARON, D. LEON, EL DOCTOR.

DOCTOR. Aquí es... pero él aquí!

BARON. He mandado franquear todas las puertas, y nuestra mútua presencia en este lugar no puede tener ya nada de

incompatible.

DOCTOR. No le comprendo á usted, caballero. Cenvencido de que mi lugar no está en esta casa, voy á abandonarla para siempre, y á procurar no encontrarme jamás sobre la tierra con ninguno de los que la habitan. Pero no he tenido valor de partir sin despedirme del único ser á quien me está prohibido amar... Y yo le suplíco á usted, caballero, que me lo permita, aun cuando usted mismo presencie nuestra despedida.

BARON. ¡Qué está diciendo!

DOCTOR. Usted ha sido con justicia implacable conmigo; pero en pago de la resignacion con que ve usted que le cedo todos los derechos, y me someto al castigo de la solitaria existencia que me impone la sociedad, y en nombre de Dios, que nos ha de juzgar á ambos, le ruego á usted que sea compasivo y cariñoso con ella; que no la enseñe usted á despreciarme ni á maldecirme, y que la haga usted dichosa en este mundo, en donde nada puedo yo hacer por por ella.

BARON. ¡Dichosa en este mundo! pero usted no sabe...

LEON. (Ap. al Baron.) (Nada todavía.)

BARON. (¡Oh desventurado! Grande ha sido el odio que le he tenido; pero mayor es la compasion que me inspira ahora.) (Pausa.)

DOCTOR. No comprendo ese silencio... mi pretension es hija de la lealtad de mi corazon atribulado, y creo que merece á lo ménos una respuesta.

BARON. ¡Oh no, yo no tengo valor para decírselo! (Vuelve el rostro llorando.)

DOCTOR. Pero ¡Dios mio! qué es lo que está pasando aquí! ¿Por qué lloran estos dos hombres? ¡Ah! No hay más que una desgracia que pueda arrancarnos lágrimas á los tres... ¡Marta!...Caballero, yo necesito ver á Marta. Leon, quiero verla... ¿lo oís? quiero ver á mi hija!]

LEON. ¡Dios tenga misericordia de él!

DOCTOR. Caballero... (Va resuelto al Baron que está apoyado en a chimenea.) ¿Dónde está?... Pronto.

BARON. Allí. (Señalando al lecho.)

DOCTOR. (Descubriendo á Marta que permanece en inmóvil ¡Otra vez... sin sentido!... (La coge una mano, etc., y de repente da un grito, que es cuestion del actor.) ¡Ay! muerta!... muerta! (Momentos de silencio, el Baron llorando en la chimenea, Don Leon idem en la escena.)

DOCTOR. ¡Dios es justo! Castiga hasta en los hijos las faltas de los padres, y yo inclino mi cabeza bajo el castigo de Dios. (Pausa.) Tiene usted razon, caballero; ya no es incompatible ante un cadáver la presencia de ambos, y comprendo que no haya usted tenido corazon para decirme lo que debía ser para el mio un golpe más mortal que el de un pistoletazo. ¡Marta de mis ojos! ¡Pobre alma mia! ¡Huérfana de ventura hasta tu última hora!... Yo venía á ofrecer por la tuya mi felicidad, y mi vida por tu vida. (Se arrodilla tomando la mano de Marta, que besa llorando, quedándose inclinado sobre ella. Pausa. De repente se levanta y dice sin soltar la mano de Marta, y dirigiéndose primero al uno y luego al otro,) ¡Leon... Caballero!

BARON y LEON. ¿Qué?

DOCTOR. Rogad á Dios que no me esté volviendo loco. ¿Qué médico ha certificado su muerte?

LEON. Ninguno: el doctor Robreño no ha llegado aún.

DOCTOR. Entónces...

LEON. y el BARON. ¿Qué?...

DOCTOR. ¡Silencio!... Si Dios no me ha privado repentinamente de la razon, mi ciencia está obligada á escudriñar si un átomo vital se encierra aún en este cuerpo inerte. (Busca con la vista y coge el espejo de mano; que pone ant el boca de Marta.)

BARON. ¿Qué va á hacer?

LEON. Déjele usted. (Á una seña rápida del Doctor D. Leon trae una luz, con la cual miran al espejo.)

DOCTOR. Mirad, mirad.

BARON. El cristal se empaña... vive... ¡Marta mia! (Va háeia ella, el doctor le detiene.)

DOCTOR. ¡Atrás! El enfermo es del médico: es mia. La ley no ha

recobrado aún sus derechos: espere usted para volvérmela á quitar á que vuelva yo á arrebatársela á la muerte. (El Baron y D. Leon dan un paso hácia Marta. El Doctor les detiene diciendo:) ¡No la toqueis! el peso moral de su inmensa afliccion tiene su corazon comprimido como en un círculo de hierro... y al querer librarse de él... lo mismo puede salvarse que cesar de vivir.

ARON. Pero usted es médico...

EON. Sí, sí, lo soy; pero ¡es mi hija!... y lo que he hecho mil veces con otros sin vacilar, tiemblo ahora de hacerlo con ella... y dudo de mi ciencia... y tengo miedo de mí mismo, (Con resolucion.) y sin embargo, es preciso. (Abre apresuradamente su caja, saca algo que no ve el espectador y va hácia Marta quedándose de espaldas al público, que no ve qué clase de operacion hace, porque cualquiera está expuesta á ser ridícula. Ni aun debe verse si lo que toma de la caja es frasco ó instrumento.)

ARON. (Á D. Leon.) Y yo tengo miedo de que sea verdad que se vuelva loco.

EON. No, no... Pedro, acude á Dios y á la fortaleza de tu alma.

OCTOR. Si, es una criatura que no ha ofendido á Dios y Dios ayudará mi ciencia. ¡Silencio! (Se dirige á Marta y se presenta puerta derecha Cárlos, despues de haber dicho dentro:)

ARLOS. (Dentro.) ¡Marta! ¡Marta!

ESCENA ÚLTIMA.

D. LEON, MARTA, BARON, DOCTOR y luego D. CÁRLOS.

OCTOR. ¡Silencio! la va la vida. (El Doctor se aparta un poco á la derecha, dejando descubierta toda la figura de Marta. El Baron dice á Cárlos con imperio:)

ARON. Quieto ahí, no dé usted un paso más. (Y dejando á Don Leon que tenga á D. Cárles asido, se acerca poco á poco á colocarse á la izquierda de Marta, que va volviendo en sí.—Cuestion de la actriz.—Conforme va el Baron llegando á ella por la iz-

quierda, el Doctor se arrodilla á su lado por la derecha: el Baron viéndola en sí, la dice:)

BARON. Marta, hija mia!

MARTA. (Tendiendo los brazos al Doctor.) ¡Padre mio!

BARON. ¡Ah, nos había escuchado! Para él ha sido la primera expansion de su alma! (Á este movimiento de impaciencia del Baron, el Doctor le tiende suplicante los brazos diciéndole:)

DOCTOR. Por compasion! no nos separe usted todavía!

MARTA. (Abrazándose al cuello del Doctor.) ¡Separarnos!... nó; nó.

BARON. (Con solemnidad.) Jamás. La señorita de Baltanás ha muerto. Doctor, puede usted quedarse con su hija.

DOCTOR. (Señalando á Cárlos) Ni usted ni yo, señor Baron; mejor es entregársela á su marido. (Cae el telon)

ıENTO Á LA ADICION DE 13 DE ABRIL DE 1878.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
ıs preciada riqueza.............	1	D. Franc. Flores García.	Todo.
alabra empeñada..	1	M. Baquero.........	»
nto, al santo!..................	2	M. Echegaray.	»
se de mal de suegra............	2	M. Vallejo.........	»
ctor Diógenes..................	3	Sres. José Zorrilla y Luis Pacheco..........	»
ZARZUELAS.			
uelos con pan son menos.......	1	Sres. Povedano, Granés, Prieto........	L. y M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, call de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de Sa Jerónim), núm. 2, y de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, nú meros 18 y 20.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.— Lisboa

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.